

## De lugares caóticos a infraestructuras campesinas planificadas: Repensando los “Campos de Hoyos” de la Prehistoria reciente

## From chaotic spaces to planned agrarian infrastructures: A critical reassessment of Late Prehistory “Pit Fields”

---

EDUARDO CARMONA BALLESTERO

Área de Arqueología. Facultad de Humanidades y Comunicación. Universidad de Burgos. Paseo de Comendadores, s/n (Hospital Militar). 09001 Burgos

Email: [educarmonaball@gmail.com](mailto:educarmonaball@gmail.com)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2467-4272>

Cómo citar: Carmona Ballester, Eduardo (2025-2026): “De lugares caóticos a infraestructuras campesinas planificadas: repensando los “Campos de Hoyos” de la Prehistoria reciente”. *BSAA arqueología*, vol. XC-XCI, pp. 47-83. DOI: <https://doi.org/10.24197/zz1z7h49>

**Resumen:** Este trabajo revisa la interpretación tradicional de los “campos de hoyos”, una de las evidencias más características de la Prehistoria Reciente en la Meseta Norte. Frente a la visión que los considera simples depósitos de desechos domésticos, este trabajo cuestiona dicha lectura y propone una reinterpretación integral de estos yacimientos arqueológicos a partir del análisis de sus procesos formativos, organización espacial y capacidad de almacenamiento. La investigación se basa principalmente en evidencias procedentes de la cuenca media del Arlanzón, complementadas con información de otros sectores de la Meseta Norte. Los datos muestran que los “campos de hoyos” no constituyen agregados caóticos de estructuras amortizadas, sino espacios multifuncionales organizados en torno a áreas de residencia, producción y almacenamiento. En consecuencia, se plantea que los “campos de hoyos” deben entenderse como infraestructuras agrarias de rendimiento diferido vinculadas a formas de territorialidad permanente, inversión en capital agrario y reproducción social campesina. Esta interpretación obliga a revisar las visiones tradicionales sobre las comunidades de la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte, habitualmente caracterizadas como grupos simples y altamente móviles, y permite reconocer en ellas comunidades capaces de planificar a largo plazo, ocupar de forma duradera el territorio y articular sistemas económicos basados en la cooperación, la reciprocidad y la gestión colectiva de los recursos.

**Palabras clave:** Campos de hoyos; Prehistoria Reciente; Meseta Norte; almacenamiento; comunidades campesinas; territorialidad.

**Abstract** This paper re-examines the traditional interpretation of “pit fields”, one of the most characteristic archaeological manifestations of Late Prehistory in the Spanish Northern Plateau. Contrary to the conventional view that regards them as simple deposits of domestic refuse, the study challenges this interpretation and proposes a comprehensive reassessment of these archaeological sites through the analysis of their formation processes, spatial organization, and storage capacity. The research is based primarily on evidence from the Middle Arlanzón Valley, complemented by data from other areas of the Spanish Northern Plateau. The results show that pit fields are not chaotic agglomerations of abandoned features, but rather multifunctional spaces organized around residential, productive, and storage areas. Consequently, pit fields are interpreted as agrarian infrastructures of delayed-return economies, linked to permanent territoriality, investment in agrarian capital, and peasant social reproduction. This interpretation requires a reassessment of traditional views of Late Prehistoric communities in the Northern Meseta, which have often been portrayed as simple and highly mobile groups, and instead reveals communities capable of long-term planning, enduring occupation of their territories, and the development of economic systems based on cooperation, reciprocity, and the collective management of resources.

**Keywords:** pit fields; Late Prehistory; Spanish Northern Plateau; storage; peasant communities; territoriality.

---

## INTRODUCCIÓN

Los denominados “campos de hoyos” constituyen una de las evidencias arqueológicas más representativas de la Prehistoria Reciente en la Meseta Norte. Sin embargo, su interpretación sigue siendo objeto de debate. La visión tradicional ha considerado a los hoyos que los conforman como simples contenedores amortizados con basura, reduciendo el registro arqueológico a una imagen estática influida por la llamada “Premisa Pompeya” ([Schiffer, 1988](#)). Este enfoque ignora los procesos que explican su origen, uso y transformación.

El presente trabajo propone una revisión crítica de estas interpretaciones tomando como base empírica los datos procedentes principalmente del valle del Arlanzón, en Burgos, a los que se suman otras zonas de la Meseta Norte como marco comparativo y de validación de las propuestas (Fig. 1).



Fig. 1. Área de estudio (línea roja) con localización de la cuenca media del Arlanzón (trama negra) y yacimientos específicamente mencionados en el trabajo.

## 1. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN LA MESETA NORTE

### 1. 1. Una evidencia arqueológica dominada por los “campos de hoyos”

La abrumadora mayoría de los yacimientos de la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte, es decir, los correspondientes al ciclo histórico que comprende del Neolítico a la finalización de la Edad del Bronce (5500 cal BCE a 1000 cal BCE en esta región), se reconocen bajo el formato de los denominados “campos de hoyos” ([Bellido Blanco, 1996](#)). Estos lugares están formados por acumulaciones más o menos numerosas de hoyos y fosas que, junto a sus rellenos, forman contextos que rara vez intersecan físicamente. Por tanto, carecen de relaciones estratigráficas directas, salvo un nexo común con el depósito superficial en la mayor parte de los casos. De este modo, las secuencias suelen ser cortas, fijadas entre dos eventos que resultan comunes a todos ellos: excavación del hoyo en el sustrato geológico y su alteración en su parte superior normalmente por labores agrícolas u otros procesos destructivos, la cual impide rastrear su vinculación con

la formación estratigráfica originaria. De este modo, el registro se ciñe casi exclusivamente al interior de los hoyos, convertidos en auténticas islas de información que se distribuyen normalmente por extensas áreas, que se analizan bajo los problemáticos preceptos y limitaciones metodológicas de la llamada “estratigrafía horizontal” o topoestratigrafía.

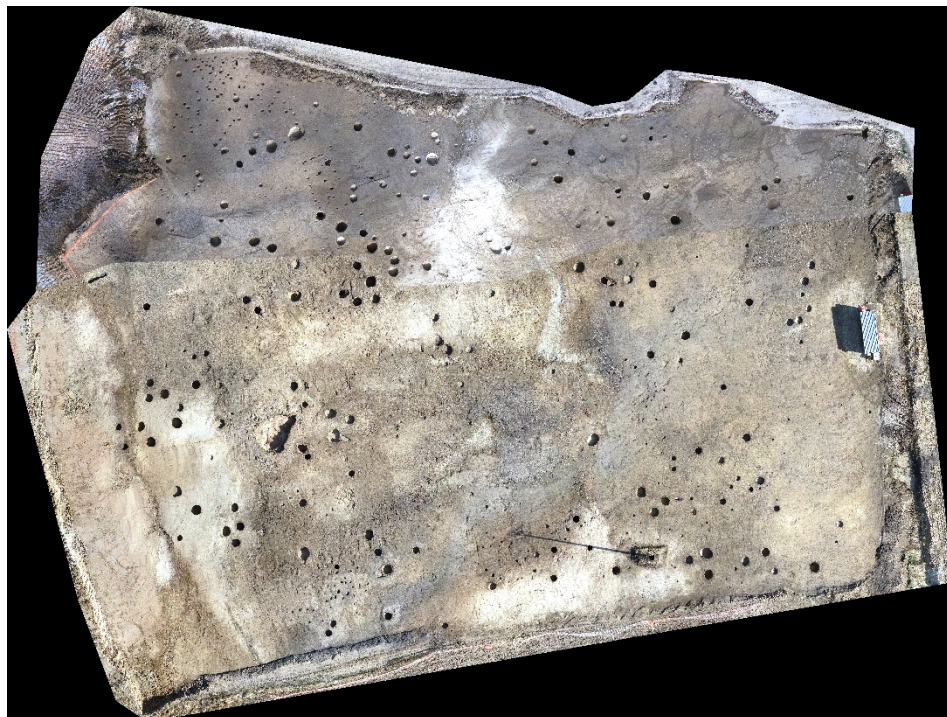


Fig. 2. Vista cenital del yacimiento de San Martín en Castildelgado (Burgos), ejemplo paradigmático en el que fueron documentados en una intervención preventiva 227 contextos negativos entre lo que caben citar: 127 silos, que se acompañan de plantas de cabaña a base de postes; otras agrupaciones pequeñas de hoyos de poste; estructuras de combustión; enterramientos humanos; una gran fosa compleja; y otras estructuras negativas de funcionalidad indeterminada. La cronología relativa revela contextos Calcolíticos (Campaniforme), del Bronce Antiguo y del Bronce Medio Final (Cogotas I Pleno). Fuente: [Villanueva y Arceo, 2024](#).

Desde los años 80 del siglo XX el cambio de escala de las áreas de intervención de los trabajos, especialmente ligados a la actividad arqueológica preventiva (Fig. 2), con superficies de intervención mucho más amplias, han permitido conocer cientos de yacimientos de este tipo pero, sobre todo, fijar las características comunes a todos ellos.

En términos generales se trata de conjuntos cuyas dimensiones oscilan en la mayor parte de las ocasiones entre 1 y 4 ha —raramente superan las 5— ([Villalobos García, 2016](#): 90-94). Congregan decenas e, incluso, centenares de estructuras, distribuyéndose sin límites claros, con una ordenación aparentemente anárquica.

Existe un cierto consenso que contempla que, al menos en origen, una gran parte de estos hoyos fue utilizada para el almacenamiento de productos básicos, especialmente cereales, de ahí su consideración como silos ([Bellido Blanco, 1996](#); [García Barrios, 2007](#); [Carmona Ballester, 2013b](#): 296-297; [Jiménez Jáimez y Suárez Padilla, 2020](#)). Esta interpretación se apoya en la morfología de algunas estructuras (acampanadas o troncocónicas) ([Bellido Blanco, 1996](#)), en la presencia de reboco en las paredes ([González Fernández, 2009](#); [Alonso Fernández y Jiménez Echevarría, 2014](#)), en evidencias carpológicas directas ([Díaz del Río et alii, 1997](#): 106; [López-Dóriga et alii, 2011](#)), así como en ejemplos experimentales y etnográficos ([Reynolds, 1974](#); [Gast y Sigaut, 1979](#); [Miret i Mestre, 2007](#), [Jiménez Jáimez y Suárez Padilla, 2020](#)).

Tales subestructuras se acompañan de otras con funciones distintas —pequeños hornos, canteras de arcilla, pozos, hogares, hoyos de poste y, en ocasiones, tumbas en fosa (muchas veces reaprovechando hoyos siliformes)—, aunque todas ellas detectadas de forma mucho menos frecuente en comparación con los anteriores ([Bellido Blanco, 1996](#); [González Fernández, 2009](#); [Carmona Ballester, 2013b](#); [Crespo y Palomino, 2026](#)).

Por otro lado, a pesar de su indudable vinculación con actividades domésticas, la consideración de los “campos de hoyos” como espacios residenciales es todavía controvertida. No obstante, las unidades de hábitat tienen poca visibilidad, pero existen. Es cada vez más frecuente documentar cabañas en ellos, manifestadas en estructuras que cierran espacios mediante postes de madera, dispuestos en hoyos individuales o en zanjas ([Delibes de Castro et alii, 1997](#); [García Barrios, 2004-2005](#); [Fabián García, 2006](#); [Carmona Ballester, 2013b](#); [2018](#); [Villalobos García, 2016](#): 104-105; [Crespo y Palomino, 2026](#)) (Fig. 2), así como otras evidencias indirectas, como mantado de barro en los rellenos de los hoyos, que formaría parte de los cerramientos de las cabañas ([Alameda Cuenca-Romero et alii, 2011](#); [Fonseca de la Torre et alii, 2017](#); [Crespo y Palomino, 2026](#)). Las estructuras de hábitat documentadas remiten a unidades de dimensiones y formas variables, aunque normalmente circulares o paracirculares, que admiten lecturas funcionales diversas. Puntualmente, ya relacionadas con contextos de la Edad del Bronce Medio/Final aparecen formatos de mayor tamaño y distinta morfología, las denominadas *longhouses* ([Villanueva et alii, 2014](#); [Delibes de Castro, 2026](#): 51).

Además, se advierten también en sus rellenos utillaje de producción y transformación de productos tanto agrarios (molienda, procesado de cereal,

gestión de semillas), como artesanales (industria lítica, ósea y metalurgia a pequeña escala) ([Carmona Ballesteros, 2013b](#); [Villalobos García, 2016](#); [Crespo y Palomino, 2026](#)).

La convergencia de estas condiciones provoca la sensación de “desorden” que se ve incrementada por el hecho de que en muchas ocasiones se documentan materiales de diferentes periodos ([Alameda Cuenca-Romero et alii, 2011](#); [Carmona Ballesteros, 2013b](#); [Villanueva Martín y Delgado Arceo, 2024](#); [Crespo y Palomino, 2026](#)).

Por todo ello, en muchas ocasiones los “campos de hoyos” se asocian a ocupaciones recurrentes e intermitentes. Esta argumentación se fundamentó en su día especialmente en la “endeblez” de las estructuras de habitación, fabricadas con estructuras vegetales de postes y ramajes recubiertas de barro, y en la escasa potencia estratigráfica acumulada fuera de los hoyos ([Delibes de Castro y Esparza Arroyo, 1985](#); [Palomino Lázaro et alii, 1997-1998](#); [Garrido Pena, 2000](#); [2005](#); [Rojo Guerra et alii, 2008](#)). Como consecuencia se ha asumido —y se sigue asumiendo en muchas ocasiones— que las comunidades vinculadas a los “campos de hoyos” eran grupos pastoriles seminómadas o practicantes de una agricultura itinerante de “tala y quema”, anclados en un primitivismo “retardatario”.

## **2.2. Los procesos formativos de los “Campos de Hoyos”: elementos de discusión y lectura del registro arqueológico**

Las características señaladas anteriormente parecen explicar por qué los “campos de hoyos” han sido tradicionalmente interpretados como consecuencia de ocupaciones poco estructuradas y de corta duración. No obstante, esta interpretación se basa en gran medida en una lectura directa del registro arqueológico, que no siempre tiene en cuenta los procesos que intervienen en su formación.

Como han señalado algunos autores ([Schiffer, 1972](#); [1987](#); [LaMotta y Schiffer, 1999](#)), el registro arqueológico no es una reproducción fiel de las actividades que lo generaron, sino el resultado de secuencias complejas (construcción, uso, reutilización, limpieza, abandono, recuperación...) que constituyen lo que se denomina “proceso formativo del registro arqueológico”. En dicho registro, a partir del cual se interpreta, se integran eventos ocurridos ciertamente en el pasado (la evidencia arqueológica) pero también otros ligados a la propia acción de los investigadores. Por tanto, el registro debe ser considerado una construcción producida mediante la práctica interpretativa de los/as arqueólogo/as, guiada por su experiencia y contexto ([Walker, 2002](#)). En consecuencia, más que una “recuperación” neutral de datos, la práctica

arqueológica implica una auténtica construcción de datos ([Carmichael et alii, 2003](#)), mediada por decisiones metodológicas, marcos teóricos y contextos de investigación ([Roskams, 2001](#): 35; [Walker, 2002](#)). La teoría general que inspira el proyecto es decisiva para comprender la interpretación propuesta, lo que exige una mayor reflexividad sobre cómo se produce el conocimiento.

En los “campos de hoyos”, este problema resulta especialmente evidente. En la mayoría de los casos, los rellenos documentados corresponden a depósitos secundarios, generados mediante el traslado de materiales desde otras áreas de actividad. Así, los hoyos funcionan fundamentalmente como receptores de evidencias desplazadas, lo que dificulta su interpretación como reflejo directo de actividades desarrolladas *in situ*.

Desde una perspectiva conductualista ([Schiffer, 1972](#); [1976](#); [1995](#)), los restos materiales deben interpretarse teniendo en cuenta su carácter como desechos primarios o secundarios, dándose el caso que las mayores concentraciones de materiales no se corresponden necesariamente con áreas de actividad, sino con espacios de depósito secundario ([Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010](#)). Por ello se debe considerar que los estratos arqueológicos en la mayor parte de las ocasiones contienen desechos secundarios que informan de manera indirecta sobre las dinámicas sociales que pretendemos reconstruir. En el caso de los “campos de hoyos”, este fenómeno alcanza especial relevancia: la gestión de residuos puede modificar profundamente las áreas de actividad, hasta el punto de “borrar” evidencias directas de ocupación ([Matthews, 1993](#)).

A los procesos asociados a la fase de ocupación se suman los vinculados al abandono. Lejos de constituir un evento puntual, el abandono suele desarrollarse de forma progresiva, especialmente en contextos sociales donde la movilidad es posible ([Cameron y Tomka, 1993](#); [Creighton y Segui, 1998](#); [González Ruibal, 1998](#)). Este carácter gradual permite la recuperación selectiva de materiales y su reintegración en ciclos productivos, en consonancia con una lógica basada en el aprovechamiento eficiente de los recursos ([Schiffer, 1987](#)). Implica la retirada selectiva de elementos reutilizables, generando registros incompletos que tienden a reforzar la impresión de ocupaciones efímeras. Por tanto, el registro resultante se ve condicionado por decisiones sociales que afectan directamente a su configuración.

Asimismo, la tradicional interpretación de los rellenos como simples receptáculos de desechos ha sido progresivamente cuestionada. Diversos estudios han puesto de relieve la existencia de prácticas deposicionales intencionales, agrupadas bajo el concepto de “deposición estructurada” ([Richards y Thomas, 1984](#)). Aunque el concepto original tiene sesgos vinculados a depósitos rituales, en nuestro caso, su interés es que alude al reconocimiento de estratos “especiales” por sus vestigios que difícilmente pueden ser comprendidos como “basura”:

enterramientos humanos, depósitos de animales completos o partes articuladas, recipientes con un orden intencionado, conjuntos líticos completos, etc...

Estas evidencias deben entenderse en un marco que supera la dicotomía entre lo “ritual” y lo “doméstico” ([Brück, 1999](#); [Garrow, 2012](#)) como compartimentos estancos, debiendo interpretarse los hoyos más correctamente como espacios donde se materializa la ritualización de la vida doméstica ([Bradley, 2003](#); [Bradley, 2005](#)). El depósito de objetos no responde únicamente a criterios funcionales, sino a prácticas sociales formalizadas, en las que el tratamiento de los materiales está pautado. La cada vez mayor atención a estos aspectos, vinculada a perspectivas tafonómicas y la noción de “biografía cultural”, permiten identificar gestos pautados de abandono, fragmentación deliberada de objetos, redistribución en hoyos ([Blanco González, 2014a](#); [2014b](#); [2015](#); [2016](#)) y otros procesos relacionados con la ritualización de la vida doméstica ([Sánchez Polo y Blanco González, 2014](#)) que han enriquecido notablemente la comprensión de los procesos culturales relacionados con la colmatación de los hoyos y que poco a poco van soslayando los efectos de la “premisa Pompeya”.

Tal lógica implica la evacuación deliberada de residuos domésticos que, de otro modo, habrían permanecido en superficie, y su acumulación en estructuras concretas. El resultado es un conjunto de evidencias heterogéneas cuyo nexo común es su inclusión en los mismos contenedores, que pueden actuar como receptores de prácticas ceremoniales vinculadas, entre otros aspectos, a ritualizaciones agrarias y a la restitución de los productos a la tierra ([Meillassoux, 1977](#)).

A estos factores se añaden los procesos postdeposicionales, tanto antrópicos como naturales, que inciden de forma significativa en la configuración final del registro. Entre los primeros destacan el dismantelamiento y la reubicación de materiales en épocas posteriores ([Carmona Ballestero, 2013a](#); [Vega Maeso et alii, 2016](#)), mientras que entre los segundos sobresalen los procesos erosivos, especialmente intensos en las cuencas sedimentarias de la Meseta Norte. La intensificación agraria en épocas como la romana, medieval y contemporánea ha favorecido la pérdida de cobertera vegetal y el desplazamiento de grandes masas de sedimento, contribuyendo a la erosión de antiguas superficies de uso y a la redeposición de los materiales arqueológicos de superficie, casuística que cada vez se reconoce en mayor medida ([Uribelarrea del Val et alii, 2009](#); [Carmona Ballestero, 2013b](#); [Carmona Ballestero et alii, 2013](#); [Villanueva Martín et alii, 2014](#)). Esto ha supuesto que las superficies originales de los yacimientos se hayan alterado profundamente, destruido o desplazado a través de fenómenos geológicos.

En este contexto, la aparente escasez de estructuras de hábitat debe interpretarse con cautela. La baja frecuencia de viviendas documentadas puede explicarse por múltiples factores ([Márquez Romero y Jiménez Jaimez, 2010](#);

[Sánchez Polo, 2010](#)): la naturaleza perecedera de los materiales constructivos; el reaprovechamiento intensivo de elementos; la ausencia de restricciones espaciales estrictas; y los procesos erosivos. Además, prácticas documentadas en sociedades campesinas, como la amortización del espacio frente a su reconstrucción o el abandono/destrucción de viviendas por motivos ceremoniales ([Márquez Romero y Jiménez Jaimez, 2010](#): 452; [Sánchez Polo, 2010](#): 181-182), contribuyen a reducir su visibilidad arqueológica.

En relación con estas estructuras, formadas a base de postes y entramado vegetal, es necesario realizar una apostilla. La arqueología experimental ha demostrado que estas construcciones presentan cualidades de solidez y durabilidad ([García Barrios, 2004-2005](#)), resistiendo en condiciones de uso hasta periodos de 40 años, lo que cuestiona su supuesta fragilidad y provisionalidad.

Por lo tanto, la asociación entre escasa estratigrafía y levedad de la ocupación, o entre arquitecturas ligeras y ocupaciones efímeras, constituye una simplificación que no se sostiene a la luz del análisis de los procesos formativos.

En conjunto, estas consideraciones ponen de relieve que la apariencia anárquica y dispersa de los “campos de hoyos” no puede interpretarse de forma directa como indicador de una organización social simple o poco estructurada. Por el contrario, obliga a introducir cierta cautela en la lectura del registro y a considerar los procesos que median entre las actividades del pasado y su representación arqueológica actual. Sin una discusión sobre estos aspectos —que rara vez se detalla en las memorias o publicaciones— los datos pueden resultar especulativos, al basarse en la traslación de nuestra racionalidad actual sobre asociaciones espaciales observadas.

En suma, la apariencia del registro arqueológico es el resultado de una compleja interacción de factores culturales, sociales y tafonómicos, existiendo una disociación fundamental entre las actividades del pasado y su manifestación material actual ([Schiffer, 1972](#); [1976](#); [Binford, 1988](#)).

La labor del/la arqueólogo/a es trascender la “foto fija” mediante procedimientos que analicen el proceso y permitan inferencias sobre la racionalidad subyacente.

El materialismo histórico atiende esta faceta al asumir que la apariencia empírica oculta la verdad. A partir de esta orientación teórica, se pretende conocer la realidad arqueológica como fenómeno histórico, considerando que las actividades humanas siguen un orden y una causalidad determinados por los procesos de producción y reproducción social ([Bate, 1998](#)). La forma en que se presenta la evidencia poseería una estructura, resultado parcial del conjunto de actividades de una determinada sociedad. Por ello, es necesario considerar la relación entre los contextos arqueológicos y la sociedad que los generó.

Si bien es cierto que una buena parte de la investigación actual tiene en cuenta estos parámetros en el caso de los “campos de hoyos”, también lo es que la atención se ha centrado preferentemente en el uso final y la fase de abandono. En todo caso, es necesario ponderar otras fases del ciclo formativo, especialmente la que se corresponde con su función inicial.

Atendiendo a ello, las diferentes líneas de evidencia disponibles permiten sostener que los “campos de hoyos” no pueden interpretarse únicamente como acumulaciones de desechos o lugares caóticos, sino como el resultado de prácticas organizadas de almacenamiento integradas en la dinámica productiva de las comunidades de la Prehistoria Reciente.

## 2. LOS “CAMPOS DE HOYOS” COMO INFRAESTRUCTURAS CAMPESINAS PLANIFICADAS

### 2. 1. Los “campos de hoyos”: agregados multifuncionales

A la luz del marco teórico y empírico empleado para este trabajo, los “campos de hoyos” deben ser estudiados como manifestación material de una formación social concreta. Para ello es necesario analizar las características esenciales de los “campos de hoyos”.

En ese sentido, aunque no hay demasiados ejemplos de estudios a escala semi-micro, cuando se realizan se reconocen en los yacimientos patrones de organización simples pero recurrentes. Ejemplos al respecto son los casos de El Hornazo, Fuente Celada, Rompizales I o Manantial de Peñuelas en la cuenca del Arlanzón ([Alameda Cuenca-Romero et alii, 2011](#); [Carmona Ballesteros, 2013b; 2018](#); [Villanueva Martín et alii, 2014](#)).

Los datos evidencian que, a pesar de la apariencia, los “campos de hoyos” no se ordenan de forma azarosa, sino conforme a una racionalidad que delimita áreas contiguas de residencia, almacenaje y producción de bienes secundarios (Fig. 3). Concentran al menos estas tres funciones en zonas que no tienen límites definidos con claridad, salvo, en algunas ocasiones, las zonas de residencia, que suelen localizarse en zonas periféricas del agregado de estructuras. Dichas áreas de residencia suelen ser reducidas en comparación con las amplias y extensas zonas dedicadas al almacenaje ([Carmona Ballesteros, 2013b](#): 308-310). Tal función de almacenaje —principalmente de grano— aparece claramente relacionada con silos subterráneos.

Además, suele reconocerse, ya sea concentrada en un espacio concreto, como en El Hornazo o Rompizales I, o dispersa en varios sectores siempre separados de la zona de residencia, una o varias áreas de transformación y



producción de bienes secundarios, como puede ser talleres de industria lítica, área de producción de objetos metálicos, etc.

Fig. 3. Planimetría general de El Hornazo (arriba) y Rompizales I (abajo), con la interpretación de su ordenación espacial en diferentes áreas funcionales (espacio de hábitat, espacio de almacenaje y zona de transformación de productos primarios), según los datos de la excavación y tipos de contextos.

De este modo, los “campos de hoyos” se configuran como lugares más o menos extensos, semiabiertos o abiertos, donde se concentran las actividades de

las comunidades campesinas —con la excepción de las necrópolis segregadas en forma de megalitos o panteones en cueva ([Bernabeu, 2003](#))—, distribuidas de manera complementaria y sin restricciones físicas aparentes en un agregado que combina siempre las tres áreas que se han definido (Fig. 4).

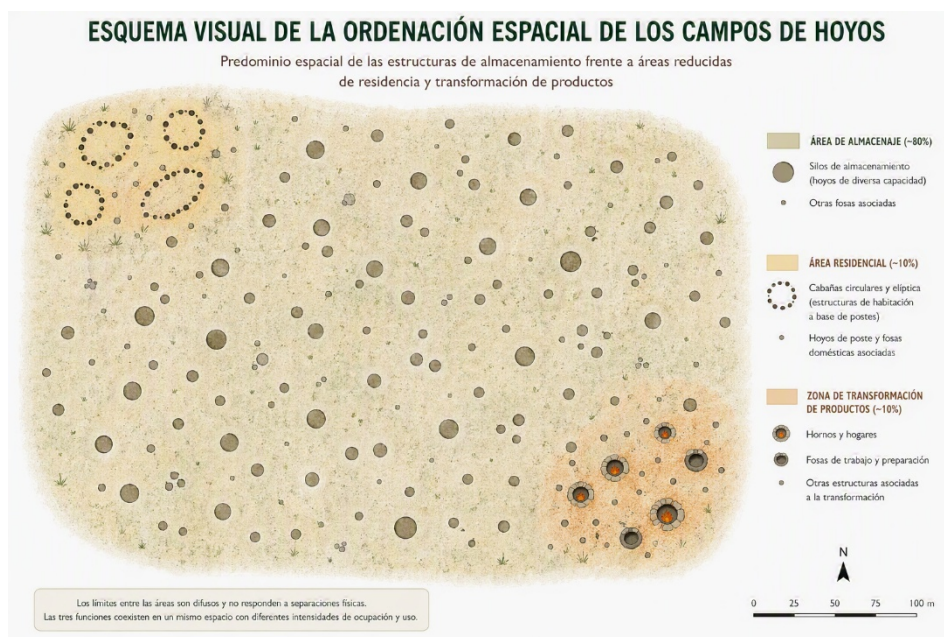


Fig. 4. Esquema visual: organización espacial de los “campos de hoyos”.

En definitiva, los “campos de hoyos” se diseñaron racionalmente como dispositivos territoriales integrados, ordenados funcionalmente y segmentados internamente. Esta lectura multifuncional explica la complementariedad entre funciones y la racionalidad de su ordenación espacial y es coherente con un modelo concreto de comunidad campesina.

En ese sentido es relevante que no se aprecien delimitaciones específicas en el control del almacenaje. Esto suele relacionarse con una ausencia de evidencias de control espacial individualizado sobre el producto almacenado debido a la desvinculación espacial de unidades de residencia y contenedores de producto.

La ubicación en espacios aparentemente comunes puede interpretarse como ausencia de apropiación particular. Ello sugiere una gestión de carácter colectivo o comunitario. Las actividades productivas vinculadas a hogares y hornos también parecen llevarse a cabo en espacios comunes, no circunscritos a estructuras determinadas.

## 2. 2. Sobre la capacidad de almacenaje: análisis volumétrico

Con objeto de valorar la funcionalidad inicial de los hoyos sin las limitaciones de la mera observación morfológica, se ha realizado para este trabajo un análisis de las capacidades volumétricas de 468 estructuras siliformes pertenecientes a 9 yacimientos con contextos adscritos desde el Neolítico al Bronce Final de la Cuenca Media del Arlanzón (Fig. 5). Este corpus permite valorar estos contextos en términos estadísticos. La amplitud y homogeneidad del conjunto, junto con la comparabilidad directa de las unidades analizadas, constituyen una base empírica sólida para evaluar la existencia de regularidades en el sistema de almacenamiento.

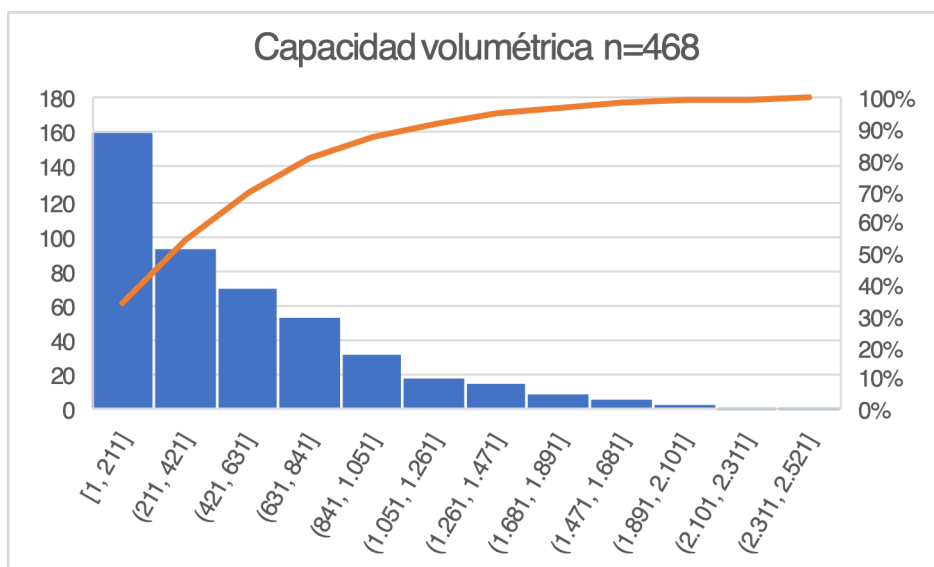


Fig. 5. Descripción de la capacidad volumétrica de los hoyos siliformes de los yacimientos de El Hornazo, El Pulpito, El Zapato, Fuente Buena, Fuente Celada, La Mata, Los Rompizales, Manantial de Peñuelas y Rompizales I en la cuenca media del Arlanzón (Burgos).

En la literatura arqueológica, los estudios sobre este tipo de estructuras han tendido a identificar agrupaciones volumétricas en el almacenaje. En particular,

Díaz-del-Río y otros (1997) distinguen dos grandes categorías en función de la capacidad de las estructuras: las inferiores a 610 litros y las superiores a 1150 litros. Este planteamiento, coherente con otros ejemplos peninsulares (Harrison et alii, 1994: 83), sugiere la existencia de una estructuración funcional del almacenamiento, diferenciando entre unidades de menor y mayor capacidad.

El análisis estadístico del presente trabajo permite matizar este modelo. El análisis clúster (*k-means*) identifica de forma consistente tres grupos volumétricos estables (Tabla 1): un conjunto de estructuras de pequeña capacidad (media  $\approx$  181 L); un grupo intermedio (media  $\approx$  729 L); y un subconjunto de grandes estructuras (media  $\approx$  1602 L). Tal clasificación (Tabla 1; Fig. 6) permite sintetizar la organización del sistema de almacenamiento. El grupo de menor capacidad constituye el conjunto mayoritario (56,4%), seguido por un grupo intermedio que representa aproximadamente un tercio de la muestra (34,6%), mientras que las estructuras de gran volumen conforman un subconjunto reducido (9,0%).

| Grupo | recuento | media | mediana | min. | máx. | porcentaje |
|-------|----------|-------|---------|------|------|------------|
| Bajo  | 264      | 181,2 | 157     | 1    | 452  | 56,4       |
| Medio | 162      | 729   | 697,5   | 461  | 1154 | 34,6       |
| Alto  | 42       | 1602  | 1514    | 1178 | 2513 | 9          |

Tabla 1. Resultado del análisis clúster que identifica tres grupos volumétricos (n: 468)

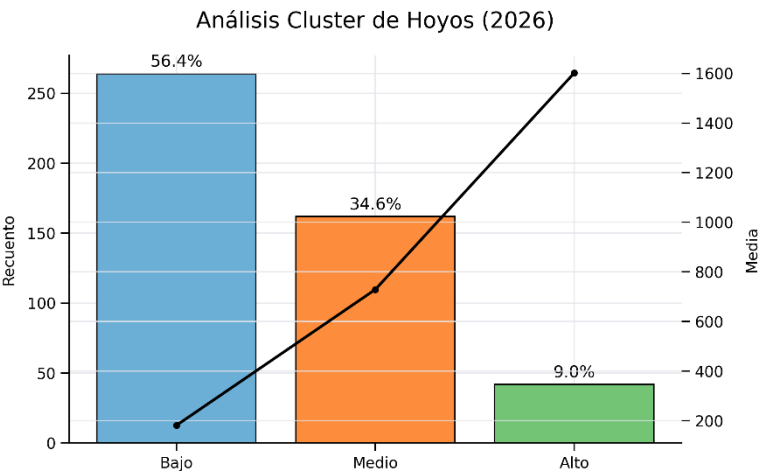


Fig. 6. Frecuencia y valor medio de los clústeres de hoyos obtenidos mediante análisis de agrupamiento. Las barras indican el número de casos por grupo y la línea representa la media de la variable analizada. Los porcentajes muestran el peso relativo de cada clúster dentro de la muestra total ( $n = 468$ ).

La distribución resultante evidencia un patrón altamente jerarquizado, en el que predominan las unidades de pequeña capacidad, coexistiendo con un núcleo de estructuras de tamaño medio y un grupo minoritario de gran volumen.

La principal diferencia respecto al modelo propuesto por Díaz-del-Río y otros radica en la identificación de un grupo intermedio, que constituye aproximadamente un tercio del conjunto total y que presenta valores notablemente homogéneos en términos de media y mediana. Este grupo no puede interpretarse como una simple transición entre estructuras pequeñas y grandes. De hecho, representa el núcleo funcional del sistema en torno al cual se organiza el almacenamiento principal. En este sentido, los valores en torno a 700–1000 L pueden interpretarse como un rango óptimo recurrente, resultado de decisiones técnicas relativamente estabilizadas.

Lejos de contradecir los planteamientos previos, estos resultados los refinan y amplían. A modo de hipótesis se podría considerar que las estructuras de pequeña capacidad (inferiores a 400–500 L) responderían a necesidades de almacenamiento inmediato o de escala doméstica reducida, las de tamaño medio constituirían el núcleo del sistema, posiblemente vinculado al almacenamiento periódico o estacional, mientras que las de gran capacidad (superiores a 1200 L) podrían asociarse a estrategias de acumulación ampliada o a formas de gestión del plusproducto.

La validez de este modelo se ve reforzada por su coherencia interna y su reproducibilidad en conjuntos independientes. La aplicación de los mismos criterios a los datos procedentes de El Pelambre ( $n = 40$ ) ([González Fernández, 2009](#): 62) y Carreastro ( $n = 164$ ) ([Crespo y Palomino, 2026](#)), correspondientes a hoyos de la Edad del Bronce (Cogotas I) así lo manifiestan.

El Pelambre reproduce aproximadamente esta estructura tripartita: un conjunto de pequeñas capacidades ( $n = 16$ ; media  $\approx 293$  L; 40%); un grupo mayoritario de estructuras medias ( $n = 19$ ; media  $\approx 743$  L; 47%); y un subconjunto de grandes capacidades ( $n = 5$ ; media  $\approx 1609$  L; 12%).

Carreastro proporciona resultados muy similares a las observadas en el Arlanzón: un grupo mayoritario de pequeñas capacidades ( $n = 101$ ; media  $\approx 234$  L; 61,6%); un grupo intermedio ( $n = 53$ ; media  $\approx 738$  L; 32,3%); y el grupo de grandes capacidades ( $n = 9$ ; media  $\approx 1941$  L; 5,5%).

La correspondencia entre estos valores y los del corpus principal resulta especialmente significativa, ya que indica que la organización del almacenamiento en tres niveles no es un rasgo local ni dependiente de un yacimiento concreto, sino un patrón robusto que se mantiene en contextos

distintos. En este sentido, El Pelambre y Carreastro actúan como un conjunto de validación externa que refuerza la interpretación del modelo como una estructura funcional generalizada.

En consecuencia, los “campos de hoyos” pueden interpretarse como sistemas de almacenamiento estructurados en varios niveles de capacidad, en los que la variabilidad volumétrica no es el resultado de decisiones aisladas, sino de la articulación de distintas escalas dentro de una misma lógica productiva. En este marco, la recurrencia de determinados rangos volumétricos refleja la convergencia entre condicionantes técnicos, necesidades económicas y prácticas sociales relativamente estables. Estos datos permiten interpretar las estructuras siliformes como el resultado de decisiones técnicas afianzadas, en las que el volumen en torno a un metro cúbico (1000 L) se configura como una solución óptima en términos de capacidad, esfuerzo constructivo y conservación de los productos almacenados. Este patrón, reiterado en distintos yacimientos y momentos, constituye un indicador clave para comprender la organización económica y la gestión de los recursos en las comunidades de la Prehistoria Reciente.

### 2. 3. El ensilado como estrategia económica

El almacenamiento subterráneo de cereal se fundamenta en una serie de principios físicos y biológicos que permiten conservar el grano en condiciones adecuadas durante largos periodos de tiempo. Diversos estudios experimentales y etnográficos han demostrado que la creación de ambientes anaeróbicos reduce significativamente la actividad biológica, inhibiendo la proliferación de insectos y hongos y limitando los procesos de germinación ([Sigaut, 1978](#); [Reynolds, 1974](#); [Miret i Mestre, 2007](#)). Su funcionamiento es relativamente simple: una cavidad excavada en el subsuelo y sellada correctamente genera un microambiente estable en términos de temperatura y humedad, donde el consumo progresivo del oxígeno residual restringe los procesos de degradación ([Gast y Sigaut, 1979](#); [Reynolds, 1974](#)).

Desde una perspectiva arqueológica, existe un amplio consenso en identificar como silos aquellas estructuras de perfil acampanado o troncocónico, con paredes alisadas e incluso revestimientos internos. Sin embargo, la eficacia del ensilado no depende estrictamente de estos rasgos morfológicos, sino de la capacidad de mantener condiciones de estanqueidad. En consecuencia, la identificación funcional de una estructura de almacenamiento no debería limitarse a la presencia de formas concretas o revestimientos específicos. Cualquier cavidad subterránea adecuadamente sellada puede cumplir esta función, circunstancia que explica la notable variabilidad formal observada en el registro arqueológico. Se trata, por tanto, de una tecnología flexible, susceptible

de adaptarse a las necesidades productivas y organizativas de las distintas comunidades campesinas.

Con independencia de la forma adoptada por las estructuras, el almacenamiento implica necesariamente una planificación a medio y largo plazo y una gestión diferida de los recursos, orientada a garantizar la disponibilidad de bienes básicos más allá del ciclo inmediato de producción. En este sentido, constituye una estrategia eficaz de reducción del riesgo, especialmente relevante en contextos sometidos a incertidumbres climáticas o a fluctuaciones en los rendimientos agrícolas. Entre sus principales ventajas destacan la protección frente a plagas, fenómenos meteorológicos adversos, robos o saqueos mediante la ocultación de las reservas ([DeBoer, 1988](#)), la conservación prolongada de los productos y el escaso coste tecnológico requerido para su mantenimiento, ya que no precisa estructuras complejas ni aportes externos de energía. La evidencia etnográfica muestra que el almacenamiento subterráneo puede ser utilizado por sociedades con distintos grados de movilidad, porque permite abandonar temporalmente un lugar de residencia sin comprometer la conservación de los recursos ([DeBoer, 1988](#); [Dachy, 2014](#); [González Vázquez, 2022](#)).

La clave del sistema reside en la conservación de la estanqueidad. Por esta razón, el acceso al contenido almacenado no puede ser continuo ni frecuente. La apertura de la estructura rompe las condiciones anaeróbicas necesarias para la conservación, obligando a consumir las reservas en un plazo relativamente limitado. En consecuencia, estos dispositivos funcionan mejor como fondos de reserva que como mecanismos de distribución permanente ([Wolf, 1971](#); [DeBoer, 1988](#); [Jiménez Jáimez y Suárez Padilla, 2020](#)). No constituyen despensas destinadas al consumo cotidiano, sino depósitos concebidos para responder a necesidades concretas de reproducción social y seguridad económica. Esta circunstancia otorga especial relevancia a la planificación de su capacidad y a la gestión del producto almacenado. En este contexto, resulta particularmente significativa la ubicación de los silos en espacios aparentemente accesibles y carentes de restricciones físicas dentro de los asentamientos.

Todo ello refleja una racionalidad económica basada en la previsión y la gestión diferida de los recursos. Al mismo tiempo, sugiere la existencia de mecanismos de cooperación y control social vinculados al acceso a las reservas. La recurrencia de estas prácticas permite interpretarlas como parte de un marco de relaciones sociales fundamentado en la reciprocidad y la gestión colectiva de los recursos, características que encajan con el modelo propuesto para las comunidades campesinas de la Prehistoria Reciente meseteña.

## 2. 4. Un patrón lineal de distribución y baja densidad de asentamiento

Otro rasgo recurrente en la representación arqueológica en la Meseta es el carácter lineal de la distribución de los yacimientos, resultado de su disposición a lo largo de los principales ejes fluviales. Este patrón ha sido documentado en diferentes ámbitos regionales, como la campiña madrileña ([Díaz del Río, 2001](#)), la cuenca media del Arlanzón ([Carmona Ballesteros, 2013b](#)) o el sector central de la cuenca del Duero ([Delibes de Castro y Fernández Manzano, 2000](#)).

Los análisis espaciales sobre zonas concretas confirman que estas distribuciones no responden a patrones aleatorios. En la cuenca media del Arlanzón (Fig. 7), el estudio de los yacimientos de hábitat del Calcolítico ( $n = 31$ ) mediante el test del vecino más próximo ([Clark y Evans, 1954](#)) arroja un valor de  $R = 1,315$ , indicativo de una disposición regular, junto a un valor  $Z = 3,355$ , que confirma su significación estadística. La distancia media intersitio se sitúa en torno a 5,6 km.

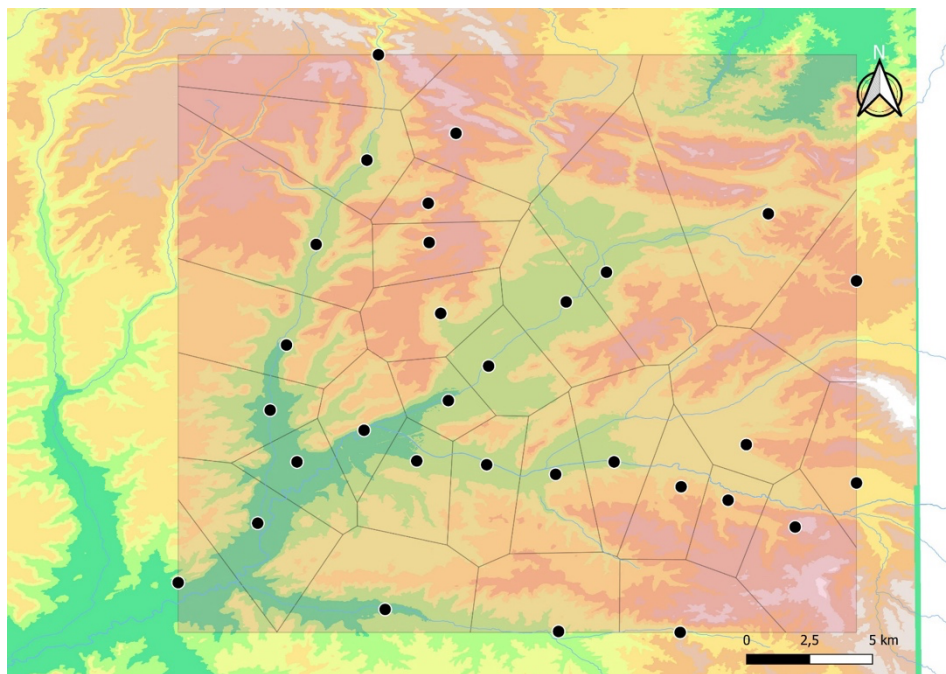


Fig. 7. Distribución lineal de los yacimientos de hábitat ( $n = 31$  campos de hoyos) del calcolítico pleno (precampaniforme) en el Cuenca Media del Arlanzón.

Este patrón, aunque refleja la importancia estratégica de las vegas fluviales, no implica una localización exclusiva en los espacios potencialmente más productivos. Tanto en el ejemplo empleado para este trabajo, como en otros, los

estudios locacionales ([Díaz del Río, 1995](#); [2001](#); [García García, 2016](#): 134, 285), indican que el factor determinante en la ubicación es el acceso a entornos ecológicos diversos privilegiando la complementariedad de recursos en lugar de la optimización de un único nicho. En consecuencia, además de en las vegas, los “campos de hoyos” se documentan en laderas, interfluvios e incluso en sectores de paramera.

A esta regularidad espacial se suma una baja densidad de asentamientos. Los datos recopilados por Villalobos García ([2016](#): 97) para el Neolítico y el Calcolítico muestran densidades generalmente reducidas en el conjunto de la Meseta Norte, incluso durante los momentos de mayor expansión ocupacional (Tabla 2). Las densidades neolíticas son, por lo general, muy reducidas, con una media cercana a 0,08 yacimientos/km<sup>2</sup> y numerosos casos por debajo de 0,03. El Calcolítico muestra un incremento generalizado tanto en el número de localizaciones como en su densidad espacial, alcanzando valores medios de 0,13 yacimientos/km<sup>2</sup> y máximos de 0,18 en Villafáfila y 0,16 en la cuenca media del Arlanzón, con un caso singular del Valle de Ambrona (0,88).

| Zona                      | Neolítico (n) | Calcolítico (n) | Superficie (km <sup>2</sup> ) | Densidad Neolítico | Densidad Calcolítico |
|---------------------------|---------------|-----------------|-------------------------------|--------------------|----------------------|
| Cuenca de la Nava         | 0             | 13              | 1.100                         | 0,00               | 0,01                 |
| Zamora (provincia)        | 4             | 28              | 10.500                        | <0,00              | <0,00                |
| Comunidad de Íscar        | 5             | 19              | 200                           | 0,03               | 0,10                 |
| Valle de Ambrona          | 33            | 37              | 42                            | 0,79               | 0,88                 |
| Valle del Tera            | 1             | 6               | 45                            | 0,02               | 0,13                 |
| Ribera del Duero (BU)     | 0             | 15              | 250                           | 0,00               | 0,06                 |
| NW de Segovia             | 1             | 11              | 825                           | <0,00              | 0,13                 |
| Entorno de Atapuerca      | 11            | 4               | 315                           | 0,03               | 0,01                 |
| Valle Amblés              | 7             | 46              | 1.600                         | <0,00              | 0,03                 |
| Ribera del Duero (VA)     | 1             | 13              | 475                           | <0,00              | 0,03                 |
| Entorno de Villafáfila    | 1             | 15              | 85                            | 0,01               | 0,18                 |
| Cuenca Media del Arlanzón | 54            | 109             | 700                           | 0,08               | 0,16                 |
| Valladolid (provincia)    | 16            | 99              | 8.110                         | <0,00              | 0,01                 |

Tabla 2. Número de yacimientos domésticos neolíticos y calcolíticos, superficie analizada y densidad de asentamientos por zonas de la Meseta Norte (a partir de [Villalobos García, 2016](#): 97): 621 yacimientos de 10 zonas distintas en un área de 24.347 km<sup>2</sup>.

Del mismo modo, para el Bronce Medio-Final, las estimaciones realizadas a partir del registro de Cogotas I ([Blanco González, 2010b](#): 166) indican valores igualmente bajos, que oscilan entre 0,008, si se toma la totalidad del territorio de la Meseta Norte, y 0,015 yacimientos/km<sup>2</sup> si el área se ajusta a la distribución real de los yacimientos con la atribución a Cogotas I (n = 751 yacimientos) en el centro de la cuenca del Duero (en torno a 51.000 km<sup>2</sup>).

Aunque las inferencias deben abordarse con cautela debido a la heterogeneidad de la procedencia de los datos, en conjunto sugieren que los “campos de hoyos” formaron parte de un modelo de poblamiento caracterizado por una ocupación poco densa, pero espacialmente estructurada. Los asentamientos tienden a agruparse en torno a los principales corredores fluviales, manteniendo distancias relativamente regulares y configurando paisajes discontinuos, aunque claramente organizados.

La recurrencia de estos patrones apunta a la existencia de criterios compartidos de localización y de una segmentación territorial implícita, probablemente relacionada con áreas de explotación agraria relativamente estables. Así, el poblamiento puede definirse como lineal, poco jerarquizado y territorialmente organizado. Más que un espacio simplemente recorrido, el territorio aparece como un entorno conocido, gestionado y reproducido socialmente a largo plazo.

### 3. DISCUSIÓN

#### 3. 1. Agroganadería, parentesco y domesticación del territorio

Hasta la década de 1990, la interpretación de las comunidades de la Prehistoria Reciente en la Meseta Norte estuvo condicionada por una visión marcadamente primitivista ([Díaz del Río, 2001](#): 101). La movilidad derivada del agotamiento de suelos y pastos se entendía como un rasgo estructural, lo que llevó a caracterizarlos como sociedades dispersas, escasamente articuladas y difícilmente identificables como auténticas comunidades campesinas.

Los hallazgos de los 90 ([Val Recio, 1992](#); [Delibes de Castro et alii, 1995](#); [Delibes de Castro y Fernández Manzano, 2000](#)) demostraron que las comunidades desplegaron estrategias agrarias más complejas, combinando agricultura y ganadería. Se pasó entonces a representarlas como “agropecuarias”, lo que conlleva microescala de explotación, articulación de la fuerza productiva en torno a la familia nuclear y una intensificación basada en la plena implicación de la cabaña ganadera en la producción. Según esta interpretación, agricultura y ganadería tendrían un peso equivalente en la subsistencia. Definir las

comunidades en estos términos supone aceptar estabilidad territorial, estrategias integradas y complejas, necesidad de infraestructuras agrarias y delimitación de territorios económicos y políticos ([Wolf, 1971](#); [Johnson y Earle, 2003](#)). Estos rasgos respaldan su consideración como genuinamente campesinas.

No obstante, esta imagen también plantea problemas. Supone una transición poco explicada desde los planteamientos primitivistas y carece de un respaldo arqueológico sólido para la Prehistoria Reciente meseteña ([Díaz del Río, 2006](#)). Dado que las primeras evidencias de comunidades claramente agropecuarias en la Meseta Norte corresponden a la I Edad del Hierro ([Blanco González, 2009](#)), se ha propuesto una tercera vía: entender estas sociedades como agroganaderas ([García González, 2008](#)). Este modelo define una combinación flexible de agricultura y ganadería con preponderancia de una actividad sobre otra a macroescala (extensiva), una fuerte vinculación al territorio mediante inversiones de rendimiento diferido y una explotación sustentada en el linaje (familias extensas) como fuerza productiva ([Carmona Ballester, 2003b](#): 53-58).

La explotación agroganadera se perpetúa mediante inversión en rendimientos diferidos, en “capital agrario” o “fijo” ([Gilman y Thornes, 1985](#): 188; [Vicent García, 1990](#); [Díaz del Río et alii, 1997](#): 108), que liga al linaje a medios de producción inmóviles ([Díaz del Río, 1995](#): 104). Implica un modo de vida vinculado al territorio apropiado de forma excluyente por la comunidad ([Wolf, 1971](#); [Díaz del Río, 1995](#); [Vicent García, 1990](#); [1998](#)). La inversión en la transformación del medio produce que el coste de abandono y nueva inversión sea mayor que mantener una productividad mínima. En definitiva, el rendimiento diferido ata a los productores a sus inversiones: es una auténtica “trampa agrícola” ([Díaz del Río, 1995](#); [Vicent García, 1990](#); [1998](#)), con efectos sociales significativos.

Aunque la asunción de estrategias agroganaderas está prácticamente consensuada, la definición de estas estrategias y sus efectos en el registro arqueológico ha olvidado, a veces, el marco de relaciones sociales correspondiente. Esta línea considera que las primeras formaciones sociales campesinas se estructuran en torno al parentesco. Así, los grupos explotan colectivamente los recursos, dado que la titularidad del territorio corresponde a la comunidad ([Johnson y Earle, 2003](#)).

En el seno de estas grandes familias se despliega la reciprocidad ([Sahlins, 1977](#): 203-252), vinculada a la circulación y reparto de productos, aplicada con grados diferentes según los estamentos ([Vicent García, 1998](#)). Estas estrategias requieren comportamientos territoriales que focalizan la atención sobre espacios restringidos en los que se ha invertido el capital fijo. Las formas de organización pueden entenderse bajo los conceptos de Grupo Local ([Johnson y Earle, 2003](#)) o comunidad campesina autosuficiente ([Vicent García, 1998](#): 829), que ejerce posesión exclusiva de los recursos.

En estos términos lo que se propone es que se produce una “domesticación del territorio” —como mínimo desde el Neolítico, aunque probablemente rastreable desde el Mesolítico— manifestada, entre otras cosas, por la proliferación de “campos de hoyos”.

### 3. 2. Gestión del producto

Ya se ha señalado que la presencia de infraestructuras de almacenamiento es indicativa de cierto grado de planificación económica y de vinculación al territorio. De hecho, es compatible con modelos de ocupación en los que coexisten estabilidad territorial relativa y formas de movilidad a distintas escalas. Este tipo de modelos ha sido descrito en la literatura antropológica como característico de sociedades segmentarias ([Shalins, 1961](#)), en las que el acceso a los recursos se articula en torno a unidades domésticas o de parentesco, y en las que la movilidad puede desempeñar un papel importante en la gestión del territorio y en la resolución de conflictos ([Johnson y Earle, 2003](#)). En ellas el territorio económico coincide con el territorio político: la apropiación y gestión del espacio productivo no solo garantizan la subsistencia, sino que fundamentan la estructura social y los mecanismos de legitimación interna.

En este contexto, la restricción de acceso a la tierra para quienes son ajenos a las inversiones incrementa la reciprocidad negativa. Proteger inversiones y resultados exige definir vías de acceso. Se institucionalizan relaciones de consanguineidad, articulando grupos en torno a un genitor conocido. La filiación da acceso a un territorio y excluye de otros. Se configuran territorios políticos campesinos. No obstante, la reciprocidad negativa es peligrosa: la autosuficiencia es excepcional y está expuesta a condicionantes previstos (necesidad de recursos ajenos al territorio) o imprevistos (sequías, malas cosechas, entre otros) ([Jiménez Jáimez y Suárez Padilla, 2020](#)). Por ello, cobran importancia las relaciones intergrupales, vehiculadas mediante intercambio ceremonial ([Bernabeu, 2003](#)). Fundamentalmente, estos intercambios se efectúan por circuitos en los que se distribuyen bienes que, en ocasiones, aparecen a cientos de kilómetros de su origen ([Villalobos García, 2016](#)). Estas redes responden a la necesidad de establecer afiliaciones para minimizar riesgos en la subsistencia. A través de ellas circulan dones, dotes, pagos de deudas y objetos cargados de simbolismo, apoyados en relaciones personales y de parentesco ([Johnson y Earle, 2003](#)), muchas veces basadas en circuitos matrimoniales ([Carmona Ballesteros, 2013b: 319](#); [Vega Maeso, 2017: 288](#)). Así mismo la relación intergrupar puede rastrearse en la ejecución de obras colectivas o monumentales que necesitan de la participación de amplios colectivos, como pueden ser las tumbas megalíticas o los recintos de fosos, que conviven con los “campos de hoyos” en buena parte, no toda, de la Meseta Norte ([Villalobos García, 2016: 46 y 179](#)).

Admitidos estos términos se puede afirmar que, durante la Prehistoria Reciente, en la Meseta Norte aparece constatada la capitalización de trabajo social en medios de producción inmóviles ([Díaz del Río, 2001](#): 310). En este sentido, tanto los “campos de hoyos” —construcción y amortización de hoyos, estructuras de residencia, infraestructuras productivas (hogares, etc...)— como el entorno —donde se acumulan elementos que demuestran un paisaje socialmente transformado (monumentos megalíticos, recintos de fosos, lugares de explotación y transformación de recursos líticos, recintos de fosos)— manifiestan una fuerte inversión en la transformación y adecuación del espacio para cumplir objetivos de producción y reproducción social. La primera adecuación se produce durante el Neolítico, aunque la acumulación de trabajo social en el entorno resulta más evidente durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Todo ello invita a plantear la interpretación de las formaciones sociales de la Prehistoria Reciente en la Meseta Norte como el reflejo de la consolidación del primer “modo de vida campesino” ([Vicent García, 1990](#); [1995](#)), en el que los campesinos son, al mismo tiempo, los productores directos y los poseedores de sus propios medios de producción, siendo la tierra el principal. En ese contexto, la estabilidad del hábitat (o más bien de los territorios económicos) es consecuencia directa de su vinculación a recursos inmóviles generados por medio de inversión en rendimientos diferidos ([Vicent García, 1998](#)). Ahora bien, esto no excluye estrategias que contemplen movilidad a corto, medio o largo plazo —al menos de parte del grupo— derivadas de una “gestión pluriactiva” del espacio productivo, que permite acceder a distintos tipos de productos en el territorio ([Díaz del Río, 1995](#): 107).

En todo caso, no debe perderse de vista que las relaciones sociales dominantes se fundamentan en recursos inmóviles. En consecuencia, en el paisaje se manifiestan territorios permanentes en los que el espacio agrario puede definirse como de “campos de hoyos permanentes”.

### 3. 3. Territorialidad permanente y modelo de poblamiento

En este marco interpretativo resulta necesario revisar críticamente el uso del término *sedentario*, tradicionalmente empleado para excluir a las comunidades asociadas a los “campos de hoyos”. La noción de sedentarismo suele operar como una categoría dicotómica —sedentario frente a móvil— que presupone la existencia de residencias estables, ocupadas de forma continuada y prolongada en un mismo emplazamiento. Sin embargo, aplicada a las sociedades de la Prehistoria Reciente, esta categoría resulta problemática y, en muchos casos, equívoca. La evidencia arqueológica muestra que la ausencia de arquitecturas duraderas o de potentes secuencias estratigráficas no puede interpretarse de manera automática como indicador de movilidad extrema ni de ocupaciones

efímeras, sino como el resultado de procesos formativos complejos que afectan diferencialmente a los espacios de hábitat y a los depósitos arqueológicos. De hecho, cuando se analizan en detalle las dataciones radiométricas, se documentan casos de permanencia en un mismo lugar que difícilmente pueden ser tachados de cortos: por ejemplo, las fases de ocupación calcolíticas en El Hornazo ( $\approx 200$  años) o Fuente Celada ( $\approx 180$  años) en Burgos ([Carmona Ballesteros, 2013b](#)).

En todo caso, parece más operativo sustituir la idea de *residencia permanente* por la de *territorialidad permanente*. Esta noción permite reconocer la estabilidad en la apropiación, explotación y reproducción social de un territorio sin exigir necesariamente la fijación residencial continua en un mismo punto. Las comunidades campesinas de la Prehistoria Reciente pudieron articular su modo de vida mediante una ocupación reiterada y estructurada del territorio, combinando desplazamientos de corta escala, reutilización de espacios, amortización de estructuras y reconfiguración de áreas domésticas y productivas. La permanencia no residiría tanto en la inmovilidad del asentamiento como en la continuidad de los vínculos sociales, económicos y simbólicos con un territorio concreto.

Desde esta perspectiva, los “campos de hoyos” no deben entenderse como expresión de una ocupación inestable o desorganizada, sino como parte de paisajes habitados de manera permanente, donde prácticas de almacenamiento, producción, consumo y depósito de objetos y bienes se inscriben en ciclos de uso y abandono socialmente regulados. La gestión de residuos, la amortización intencional de estructuras y la ritualización de determinados depósitos contribuyen a “borrar” parte de las evidencias asociadas a la residencia, generando una imagen arqueológica fragmentaria que ha sido erróneamente interpretada en clave hipermovilista. Así, la escasa perceptibilidad de las viviendas no invalida la existencia de comunidades con un fuerte arraigo territorial, sino que refleja los sesgos inherentes al registro y a sus procesos de formación.

En definitiva, más que discutir si estas sociedades fueron sedentarias o móviles en términos absolutos, resulta más fructífero analizar cómo construyeron y mantuvieron su territorialidad. El énfasis en la territorialidad permanente permite integrar movilidad, reutilización de espacios y estabilidad social dentro de un mismo modelo interpretativo, superando categorías rígidas y ajustando mejor nuestras inferencias a la racionalidad histórica de las comunidades de la Prehistoria Reciente

Así, la baja presión demográfica, manifestada en la baja densidad de yacimientos en todo el ciclo, y el carácter segmentario del entramado social resultan determinantes. La posibilidad de desplazamiento o segregación de parte del grupo es una herramienta habitual de control social ([Meillassoux, 1964: 35; 1977; Johnson y Earle, 2003](#)). Constituye una resistencia frecuente frente a la

emergencia de conflictos intragrupal. Además, garantiza la reproducción social en situaciones críticas. Dado que el contexto constatado no manifiesta presión demográfica sobre la tierra -no es necesario ocupar las “mejores tierras” para alcanzar los mínimos para la supervivencia- el patrón de poblamiento puede ser resultado también de factores reproductivos ([Díaz del Río, 2001](#)). Los modelos demográficos de Blanco González ([2010a](#)) sugieren movilidad segmentaria a pequeña escala y colonización pionera comarcal en momentos de reorganización, sin negar sedentarización campesina ligada a capital fijo. Este marco explica fisiones de grupos, ocupaciones intermitentes y ceremonias agregativas, manteniendo continuidad de inversiones y gestión comunitaria en los “campos de hoyos”.

De ahí que la capacidad de fisión de los grupos resulte tan esencial como el acceso a recursos diversificados en la conformación del poblamiento. En este marco, es factible ocupar unidades ecogeográficas similares sin necesidad de desplazamientos completos y reiterados de las comunidades. Por ello, en este contexto la fisión para dar salida a la conflictividad intragrupal puede ser tan determinante como el agotamiento potencial de recursos agrarios. En ambos casos, se produce una reproducción mimética, “celular” ([Díaz del Río, 2001](#)), de un mismo tipo de comunidad. Tales situaciones se darían en momentos críticos, ya que la vinculación por capital fijo a un territorio limita la capacidad de segmentación.

### 3. 4. ¿A qué se destinaron los bienes almacenados?

Si se admite la función original de los “campos de hoyos” como infraestructuras de almacenamiento, resulta necesario valorar el destino de los bienes acumulados. Aunque la inferencia es difícil con los datos disponibles, los efectos observables no sugieren una canalización sistemática del plusproducto hacia elementos que materialicen el poder ([DeMarrais et alii, 1996](#)). En ese sentido, es notoria la baja cuantía de objetos metálicos en el ciclo histórico estudiado, considerados elementos de prestigio por excelencia ([Carmona Ballesteros et alii, 2010](#)). Por otro lado, se conoce la inversión en trabajos colectivos, materializados en megalitos y en recintos de fosos fundamentalmente, que por sus características pueden ser considerados como expresión de la economía política. No obstante, la distribución de estas obras colectivas no es uniforme ni en el tiempo ni en el espacio ([Villalobos García, 2016](#), pp. 130-143), detectándose una diferenciación clara entre la zona suroccidental y centro (hasta los Montes Torozos) respecto de la nororiental de la Meseta Norte ([Villalobos García, 2016](#)) y una notoria ausencia de este tipo de manifestaciones en el Bronce Medio/Final ([Arnaiz Alonso et alii, 2012](#)). En todo caso, y asumiendo que en la zona suroeste/centro las comunidades fueron capaces de organizar obras

colectivas de gran envergadura, tampoco se aprecian diferencias sustanciales en la gestión de los bienes básicos de consumo. Las acumulaciones del plusproducto se dirigieron, en su mayor parte, a la reproducción simple de los grupos campesinos. En ese sentido, tal evidencia sugiere que el plusproducto, cuando se obtiene, se consume y canaliza a través de bienes elementales de subsistencia, en un tipo de gestión denominado *staple finance* ([D'Altroy et alii, 1985](#); [Díaz del Río, 2004](#)), donde los bienes básicos de subsistencia constituyen el principal objeto de acumulación y gestión. Este sistema permitía, además, episodios de consumo colectivo vinculados a ceremonias, banquetes o festivales, evidenciados por la presencia de vajillas especializadas como la cerámica campaniforme o la decorada de tradición cogoteña ([Abarquero Moras, 2005](#); [Garrido Pena et alii, 2011](#)).

Tampoco los datos disponibles respaldan la existencia de procesos intensos de acumulación económica. Aunque en algunos momentos aumenta la capitalización agraria, expresada en el incremento del número de estructuras de almacenamiento, ni las capacidades de los silos ni otros indicadores arqueológicos reflejan la concentración sostenida de excedentes o la aparición de diferencias sociales permanentes ([Díaz del Río, 2006](#); [Carmona Ballesteros, 2013b](#); [Villalobos García, 2016](#)). Más bien, la evidencia apunta a estrategias orientadas a garantizar la seguridad económica mediante la diversificación de recursos y la gestión comunitaria de su almacenamiento.

En consecuencia, los “campos de hoyos” parecen reflejar sistemas productivos centrados en la reproducción social antes que en la acumulación. Su lógica económica responde a la gestión colectiva de recursos básicos y resulta coherente con comunidades campesinas segmentarias, territorialmente estables y escasamente jerarquizadas.

## CONCLUSIONES

La interpretación tradicional de los “campos de hoyos” como simples depósitos de residuos generados por ocupaciones efímeras resulta insuficiente para explicar las características del registro arqueológico de la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte. Esta lectura ha tendido a privilegiar las fases finales del ciclo formativo de las estructuras, ignorando los procesos relacionados con su construcción, uso y amortización.

Las distintas líneas de evidencia analizadas permiten plantear una interpretación alternativa. Los “campos de hoyos” no constituyen agregados caóticos de estructuras colmatadas, sino espacios multifuncionales donde se integran actividades de residencia, producción y almacenamiento. Su organización espacial, la recurrencia de determinados patrones volumétricos y la

lógica económica del ensilado indican la existencia de estrategias productivas planificadas y de inversiones de rendimiento diferido vinculadas a la reproducción social de las comunidades.

Desde esta perspectiva, los “campos de hoyos” pueden entenderse como auténticas infraestructuras agrarias campesinas. Su proliferación durante la Prehistoria Reciente refleja la consolidación de formas de vida territorialmente estables, articuladas mediante relaciones de parentesco, reciprocidad y gestión colectiva de los recursos. La permanencia no debe buscarse necesariamente en la inmovilidad residencial, sino en la continuidad de los vínculos sociales y económicos con territorios explotados y transformados a lo largo de generaciones.

Esta interpretación obliga a revisar las visiones tradicionales que han caracterizado a las comunidades de la Meseta Norte como grupos simples, altamente móviles y escasamente estructurados. Por el contrario, la evidencia apunta a sociedades capaces de planificar a largo plazo, gestionar recursos diferidos y organizar de forma duradera el espacio productivo sin que ello implicara necesariamente la aparición de jerarquías permanentes o sistemas de acumulación centralizada.

En consecuencia, los “campos de hoyos” deben dejar de entenderse como el resultado arqueológico de ocupaciones precarias para pasar a interpretarse como una de las principales expresiones materiales de la domesticación del territorio, la planificación económica a largo plazo y la consolidación de las primeras comunidades campesinas de la Meseta Norte.

## BIBLIOGRAFÍA

Abarquero Moras, Francisco Javier (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Arqueología en Castilla y León 4. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Alameda Cuenca-Romero, María del Carmen; Carmona Ballester, Eduardo; Pascual Blanco, Silvia; Martínez Díez, Gerardo; Díez Pastor, Cristina (2011): “El ‘campo de hoyos’ calcolítico de Fuente Celada (Burgos): datos preliminares y perspectivas”. *Complutum*, 22(1), pp. 47-69. [https://doi.org/10.5209/rev\\_CMPL.2011.v22.n1.3](https://doi.org/10.5209/rev_CMPL.2011.v22.n1.3)

Alonso Fernández, Carmen y Jiménez Echevarría, Javier (2014): “Contribución al estudio del poblamiento, modos de vida y ritual funerario del neolítico antiguo: el asentamiento al aire libre de El Prado (Pancorbo, Burgos)”. *Zephyrus*, 74, pp. 41-64. <https://doi.org/10.14201/zephyrus2014744164>

- Arnáiz Alonso, Miguel Ángel.; Carmona Ballesteros, Eduardo; Montero Gutiérrez, Juan (2012): “Bienes competitivos-no competitivos: la función de los metales en Cogotas I”. En J. A. Rodríguez Marcos y J. Fernández Manzano (coords.), *Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica: Homenaje a M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 509-522
- Bate, Luis Felipe (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*. Barcelona: Crítica.
- Bellido Blanco, Antonio (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*. Studia Archaeologica 85. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Bernabeu Aubán, Joan (2003): “Del Neolítico a la Edad del Bronce”. En G. Vega Toscano; J. Bernabeu Aubán; T. Chapa Brunet (eds.), *La Prehistoria*. Historia de España, 3<sup>er</sup> milenio. Madrid: Síntesis, pp. 113-174.
- Binford, Lewis R. (1988): *En busca del pasado: Descifrando el registro arqueológico*. Traducción de Pepa Gasull. Barcelona: Crítica.
- Blanco González, Antonio (2009): *El poblamiento del Bronce Final y Primer Hierro en el sector meridional de la Submeseta Norte*. Tesis Doctoral (inédita). Universidad de Salamanca.
- Blanco González, Antonio (2010a): “‘Arqueología de la población’ entre la Edad del Bronce y el Primer Hierro (1800–400 AC): sobre procesos migratorios y colonizadores en la Submeseta Norte”. *Arqueología Espacial*, 28, pp. 361-379.
- Blanco González, Antonio (2010b): “¿Nuevos hogares para los emigrantes? Casas y paisajes en el debate sobre el límite entre Cogotas I y el Primer Hierro en el Valle del Duero”. *Zephyrus*, 64, pp. 155-179.
- Blanco González, Antonio (2014a): “Sitios en altura y vasijas rotas: reconsiderando la etapa de ‘plenitud’ de Cogotas I (1450–1150 cal AC) en la Meseta”. *Trabajos de Prehistoria*, 71(2), pp. 305-329. <https://doi.org/10.3989/tp.2014.12136>
- Blanco González, Antonio (2014b): “Tracking the social lives of things: biographical insights into Bronze Age pottery in Spain”. *Antiquity*, 88(340), 441–455.
- Blanco González, A. (2015): “Past fragments: From ceramics to social practices in later prehistoric Iberia”. *Journal of Social Archaeology*, 15(3). <https://doi.org/10.1177/1469605315591256>

- Blanco González, Antonio (2016): "Microhistorias de la Prehistoria Reciente en el interior de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 73(1), pp. 47-77. <https://doi.org/10.3989/tp.2016.12163>
- Bradley, Richard (2003): "A life less ordinary: the ritualization of the domestic sphere in Later Prehistoric Europe". *Cambridge Archaeological Journal*, 13:1, pp. 5-23. <https://doi.org/10.1017/S0959774303000015>
- Bradley, Richard (2005): *Ritual and domestic life in Prehistoric Europe*. London / New York: Routledge.
- Brück, Joanna (1999): "Ritual and Rationality: Some Problems of Interpretation in European Archaeology". *European Journal of Archaeology*, 2(3), pp. 313-344. <https://doi.org/10.1179/eja.1999.2.3.313>
- Bueno Ramírez, Primitiva; Barroso Bermejo, Rosa; Balbín Berhmann, Rodrigo de (2005): "Ritual Campaniforme, ritual colectivo: La necrópolis de cuevas artificiales del Valle de las Higueras, Huecas, Toledo". *Trabajos de Prehistoria*, 62(2), pp. 67-90. <https://doi.org/10.3989/tp.2005.v62.i2.69>
- Buxó, Ramon y Piqué, Raquel (2008): *Arqueobotánica: Los usos de las plantas en la Península Ibérica*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- Cameron, Catherine y Tomka, Steve A. (1993): *Abandonment of settlements and regions: Ethnoarchaeological and archaeological approaches*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carmichael, David L.; Lafferty III, Robert H. y Molyneaux, Brian L. (2003): *Excavation. Archaeologist's Toolkit*, 3. California: Altamira Press / Walnut Creek.
- Carmona Ballester, Eduardo (2013a): "Antiguas noticias, nuevas interpretaciones: la ocupación campaniforme del Cerro del Castillo de Burgos". *Saguntum*, 45, pp. 49-64. <https://doi.org/10.7203/SAGVNTVM.45.2055>
- Carmona Ballester, Eduardo (2013b): *El Calcolítico en la Cuenca Media del Arlanzón. Comunidades campesinas, procesos históricos y transformaciones*. BAR International Series 2559. Oxford: Archaeopress.

- Carmona Ballesteros, Eduardo (2018): "Revisando el registro arqueológico de Rompizales I (Burgos)". *BSAA Arqueología*, LXXXIII, pp. 95-122. <https://doi.org/10.24197/ba.LXXXIII.2017.95-122>
- Carmona Ballesteros, Eduardo; Arnáiz Alonso, Miguel Ángel y Montero Guitierrez, Juan (2010): "Consumo de metal durante la Prehistoria Reciente en el centro de la Península Ibérica. Una aproximación a través del análisis de los contextos funerarios en fosa". *Trabajos de Prehistoria*, 67(2), pp. 373-387. <https://doi.org/10.3989/tp.2010.10045>
- Carmona Ballesteros, Eduardo; Valdivielso Gutiérrez, Encarna; Pascual Blanco, Silvia; Vega y Miguel, Jorge (2013): "Restos humanos, contextos funerarios y diversidad formal: los yacimientos calcolíticos de El Hornazo y el Túmulo IL.C1 de Cótar (Burgos)". *RAMPAS*, 15, pp. 53-80.
- Clark, Philip J. y Evans, Francis C. (1954): "Distance to nearest neighbor as a measure of spatial relationship in populations". *Ecology*, 35, pp. 445-453.
- Creighton, Oliver H. y Seguí, Joan (1998): "The Ethnoarchaeology of abandonment and Post-Abandonment Behaviour in pastoral sites: Evidence from Famorca, Alacant province, Spain". *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11(1), pp. 31-52. <https://doi.org/10.1558/jmea.v11i1.31>
- Crespo Díez, Manuel y Palomino Lázaro, Ángel Luis (2026): "El registro arqueológico: dinámicas estratigráficas y complejidad funcional". En A. L. Palomino Lázaro, M. Crespo Díez y G. Delibes de Castro (eds.), *Carreastro. El final de la Edad del Bronce en el valle medio del Duero. Excavaciones en el yacimiento Cogotas I de Carreastro, Tordesillas (Valladolid)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 249-302. <https://doi.org/10.24197/eduva.3091>
- Dachy, Tiphaine (2014): "Réflexions sur le stockage alimentaire en Égypte, de la Préhistoire aux premières dynasties". *Archéo-Nil*, 24, pp. 31-46.
- D'Altroy, Terence; Earle, Timothy; Browman, David; La Lone, Darrell; Moseley, Michael; Murra, John; Myers, Thomas; Salomon, Frank; Schreiber, Katharina y Topic, John R. (1985): "Staple Finance, Wealth Finance, and Storage in the Inka Political Economy". *Current Anthropology*, 26(2), pp. 187-206. <https://doi.org/10.1086/203249>
- DeBoer, Warren R. (1988): "Subterranean storage and the organization of surplus: The view from eastern North America". *Southeastern Archaeology*, 7(1), 1-20.

- Delibes de Castro, Germán (2014): “El calcolítico en la Meseta Norte y su orla atlántica: intensificación económica y avance de la vida sedentaria (3200-2500 cal BC)”. En M. Almagro Gorbea (ed.), *Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización*. Burgos: Universidad de Burgos: pp. 95-112.
- Delibes de Castro, Germán (2026): “Carrecaastro en su contexto”. En A. L. Palomino Lázaro; M. Crespo Díez y G. Delibes de Castro (eds.), *Carrecaastro. El final de la Edad del Bronce en el valle medio del Duero. Excavaciones en el yacimiento Cogotas I de Carrecaastro, Tordesillas (Valladolid)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 23-68.
- Delibes de Castro, Germán; Benet Jordana, Nicolas; Pérez Martín, Rosario y Zapatero Magdaleno, Pilar (1997): “De la tumba dolménica como referente territorial, al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte”. En A. Rodríguez Casal (ed.), *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo* (Santiago de Compostela, 1996). Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 779-808.
- Delibes de Castro, Germán y Esparza Arroyo, Ángel (1985): “Neolítico y Edad del Bronce”. En A. Montenegro Duque (ed.), *Historia de Burgos*. Vol. I, Edad Antigua. Burgos: Caja de Ahorros Municipal de Burgos, pp. 115-178.
- Delibes de Castro, Germán y Fernández Manzano, Julio (2000): “La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso”. En V. O. Jorge (coord.), *III Congreso de Arqueología Peninsular* (Vila Real, 1999). Vol. IV, Pré-história recente da Península Ibérica. Porto: ADECAP, IV. pp. 95-122.
- Delibes de Castro, Germán; Herrán Martínez, José I.; Santiago Pardo, Jorge y Val Recio, Jesús (1995): “Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta”. En K. T. Lillios (ed.), *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*. Michigan: Ann Arbor, pp. 44-63.
- DeMarrais, Elizabeth; Castillo, Luis Jaime y Earle, Timothy (1996): “Ideology, Materialization and Power Strategies”. *Current Anthropology*, 37(1), pp. 15-31.
- Díaz del Río, Pedro (1995): “Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: un marco teórico para el análisis del III y el II milenios a.C. en la Meseta peninsular”. *Trabajos de Prehistoria*, 52(2), pp. 99-109.

- Díaz del Río, Pedro (2001): *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía 9. Madrid: Consejería de las Artes de la Comunidad de Madrid.
- Díaz del Río, Pedro (2004): "Factionalism and collective labor in Copper Age Iberia". *Trabajos de Prehistoria*, 61(2), pp. 85-98. <https://doi.org/10.3989/tp.2004.v61.i2.44>
- Díaz del Río, Pedro (2006): "An appraisal of social inequalities in Central Iberia (c. 5300-1600 CAL BC)". En P. Díaz del Río y L. García San Juan (eds.), *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. BAR International Series, 1525. Oxford. Archaeopress, pp. 67-79.
- Díaz del Río, Pedro; Consuegra, Susana; Peña Chocarro, Leonor; Márquez, Belén; Sampedro, Cristina; Moreno, Ruth; Albertini, Daniele y Pino, Beatriz (1997): "Paisajes agrarios prehistóricos en la meseta peninsular: el caso de "Las Matillas" (Alcalá de Henares, Madrid)". *Trabajos de Prehistoria*, 54(2), pp. 93-111. <https://doi.org/10.3989/tp.1997.v54.i2.368>
- Fabián García, José Francisco (2006): *El IV y III milenio a.C. en el Valle del Amblés (Ávila)*. Arqueología en Castilla y León, 5. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Fonseca de la Torre, Héctor; Crespo Díez, Manuel; Rodríguez Marcos, José Antonio; Martín Ramos, Pablo; Cubas, Miriam y Sánchez Carro, Miguel Ángel (2017): "Aproximación a la arquitectura del barro en el yacimiento de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)". En A. Álvarez Rodríguez; C. Tejedor Rodríguez y I. García Vázquez (coords.), *Arqueología en el valle del Duero: Del Paleolítico a la Edad Media* (Valladolid, 2015). Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero, 5. Valladolid: Glyphos, pp. 107-124.
- García Barrios, Ángel S. (2004-2005): "El espacio doméstico en le Prehistoria Reciente de la Meseta: el testimonio de las cabañas de la Edad del Cobre en el Valle Medio del Duero". *Lancia*, 6, pp. 59-75.
- García Barrios, Ángel S. (2007): *Los inicios de la Edad del Cobre en el Valle Medio del Duero: Una aproximación a los modos de vida en el centro de la Meseta en los albores de la metalurgia*. Tesis Doctoral (inédita). Universidad de Valladolid.
- García González, Juan José (2008): "Formación, Expansión y Consolidación de Castilla". En J. J. García González (ed.), *Historia de Castilla. De Atapuerca a Fuensaldaña*. Madrid: La Esfera de los Libros, pp. 21-300.

- García García, Marcos (2016): *La Edad de los Metales en el Duero Medio: La evolución del paisaje y de las sociedades*. Studia Archaologica. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Garrido Pena, Rafael (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 a.C.)*. BAR International Series, 892. Oxford: Archaeopress.
- Garrido Pena, Rafael (2005): “El Laberinto campaniforme: Breve historia de un reto intelectual”. En M. A. Rojo Guerra; R. Garrido Pena y I. García-Martínez de Lagrán (eds.), *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Valladolid: Universidad de Valladolid / Junta de Castilla y León, pp. 29-44.
- Garrido Pena, Rafael; Rojo Guerra, Manuel; García-Martínez de Lagrán, Iñigo y Tejedor-Rodríguez, Cristina (2011): “Drinking and eating together: the social and symbolic context of commensality rituals in the Bell Beakers of Interior of Iberia”. En G. Aranda Jiménez; S. Montón-Subías y M. Sánchez Romero (eds.), *Guess who's coming to dinner. Feasting rituals in the prehistoric societies of Europe and the Near East*. Oxford: Oxbow Books, pp. 109-129.
- Garrow, Duncan (2012): “Odd deposits and average practice. A critical history of the concept of structured deposition”. *Archaeological Dialogues*, 19(2), 85-115. <https://doi.org/10.1017/S1380203812000141>
- Gast, Marceau y Sigaut, François (1979): *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et des sociétés*. Paris: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Gilman, Antonio y Thornes, John B. (1985): *Land-use and Prehistory in South-East Spain*. Londres: George Allen & Unwin.
- González Fernández, María Luz (2009): “El Pelambre” *Villaornate, León. El horizonte Cogotas I de la Edad del Bronce y el periodo Tardoeuropeo en el valle medio del Esla*. Madrid: Grupo TRAGSA, S. L.
- González Ruibal, Alfredo (1998): “Etnoarqueología de los abandonos en Galicia. El papel de la cultura material en una sociedad agraria en crisis”. *Complutum*, 9, pp. 167-191.
- González Vázquez, Mateo (2022): “Producción y almacenaje de cereales en el noreste peninsular en época ibérica: algunos aspectos metodológicos y problemas de interpretación”. *Archivo Español de Arqueología*, 95, e18. <https://doi.org/10.3989/aespa.095.022.18>

- Guerra Doce, Elisa; Delibes de Castro, German; Rodríguez Marcos, José Antonio; Crespo Díez, Manuel; Gómez Pérez, Alicia; Herrán Martínez, José Ignacio; Juan i Tresserras, Jordi y Matamala Mellín, Juan C. (2011): “Residuos de productos lácteos y de grasa de carne en dos recipientes cerámicos de la Edad del Bronce del Valle Medio del Duero”. *BSAA Arqueología*, LXXVII-LXXVIII, pp. 105-137.
- Harrison, Richard J.; Moreno López, Gloria y Legge, A. J. (1994): *Moncín: un poblado de la edad del bronce (Borja, Zaragoza)*. Zaragoza: Diputación de Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura.
- Jiménez Jáimez, Víctor y Suárez Padilla, José (2020): “Understanding Pit Sites: Storage, Surplus and Social Complexity in Prehistoric Western Europe”. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 27(4), pp. 799–835. <https://doi.org/10.1007/s10816-019-09429-7>
- Johnson, Allen y Earle, Timothy (2003): *La evolución de las sociedades humanas*. Barcelona: Ariel Prehistoria.
- LaMotta, Vincent M. y Schiffer, Michael B. (1999): “Formation processes of house floor assemblages”. En P. M. Allison (ed.), *The Archaeology of Household Activities*. London / New York: Routledge, pp. 19-29.
- López Dóriga, Inés L.; Carmona Ballesterero, Eduardo; Pascual Blanco, Silvia; Vega y Miguel, Jorge (2011): “Análisis de restos carpológicos de los yacimientos arqueológicos de Fuente Celada y El Hornazo (Burgos)”. *Munibe (Antropología-Arkeologia)*, 62, 89-102.
- Márquez Romero, José Enrique y Jiménez Jaimez, Víctor (2010): *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Matthews, Keith (1993): “A futile occupation? Archaeological meaning and occupation deposits”. En I. W. Barber (ed.), *Interpreting Stratigraphy* (Edinburg, 1992). Edimburgo: Scottish Trust for Archaeological Research, pp. 55-61.
- Meillassoux, Claude (1964): *Anthropologie économique des Gouro de Côte d'Ivoire. De l'économie de subsistance à l'agriculture commerciale*. Paris: Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales. <https://doi.org/10.4000/books.editionsehess.94>

- Meillassoux, Claude (1977): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*. (12ª edición 1999). Madrid: Siglo XXI.
- Miret i Mestre, Josep (2007): “Sobre les sitges i altres estructures excavades al subsòl”. *Cypsela*, 16, pp. 213-225.
- Palomino Lázaro, Ángel; Abarquero Moras, Francisco J. y Negredo García, María José (1997-1998): “La primera colonización estable de las tierras ribereñas del Duero en el sudeste de la provincia de Burgos: el poblamiento calcolítico”. *Numantia*, 8, pp. 63-84.
- Reynolds, Peter J. (1974): “Experimental Iron Age storage pits: An interim report”. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 40, pp. 118-131.
- Richards, Colin y Thomas, Julian (1984): “Ritual activity and structured deposition in Later Neolithic Wessex”. En R. Bradley y J. Gardiner (eds.), *Neolithic studies. A review of some current research*. BAR International Series, 133. Oxford: Archaeopress, pp. 189-218.
- Rojo Guerra, Manuel; Garrido Pena, Rafael y García-Martínez de Lagrán, Iñigo (2008): “Everyday routines or special ritual events? Bell beakers in domestic contexts of Inner Iberia”. En M. Baioni; V. Leonini; D. Lo Vetro; F. Martini; R. Poggiani Keller y L. Sarti (eds.), *Bell beaker in everyday life* (Florence / Siena / Villanuova sul Clisi, 2006). Studi di Archaeologica Preistorica, 6. Firenze: Museo Fiorentino di Preistoria “Paolo Graziosi”, pp. 321–326.
- Roskams, Steve (2001): *Excavation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sahlins, Marshall D. (1961): “The Segmentary Lineage: An organization of predatory expansion”. *American Anthropologist*, 63, pp. 322-345.
- Sahlins, Marshall D. (1977): *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal. 2ª reimpresión, 2010.
- Sánchez Polo, Alejandra (2010): “La muerte en Arqueología: visiones cruzadas/posiciones encontradas”. *El futuro del pasado*, 1, pp. 173-87. <https://doi.org/10.14201/fdp.24503>
- Sánchez Polo, Alejandra y Blanco González, Antonio (2014): “Death, Relics, and the Demise of Huts: Patterns of Planned Abandonment in Middle BA Central Iberia”.

*European Journal of Archaeology*, 17(1), pp. 4-26.  
<https://doi.org/10.1179/1461957113y.0000000048>

Schiffer, Michael B. (1972): "Archaeological context and Systemic context". *American Antiquity*, 48(4), pp. 156-65. <https://doi.org/10.2307/278203>

Schiffer, Michael B. (1976): *Behavioral Archaeology*. New York: Academic Press.

Schiffer, Michael B. (1987): *Formation processes of the archaeological record*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Schiffer, Michael B. (1988): "¿Existe una "Premisa de Pompeya" en arqueología?". *Boletín de Antropología Americana*, 18, pp. 5-31.

Schiffer, Michael B. (1995): *Behavioral Archaeology. First principles*. Salt Lake City: University of Utah Press / Foundations of Archaeology Inquiry.

Sigaut, François (1978): *Les réserves de grains à long terme. Techniques de conservation et fonctions sociales dans l'histoire*. Paris / Lille: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme / Publications de l'Université de Lille.

Uribe Larrea del Val, David; López Jiménez, Oscar y Martínez Calvo, Victoria (2009): "Geoarqueología del Valle de Huecas". En L. Benítez de Lugo; P. Bueno Ramírez; R. Balbín Behrmann y J. A. López Sáez (eds.), *Arqueología, Medio Ambiente y Obras Públicas: el Valle de Huecas (Huecas, Toledo)*. Ciudad Real: Anthropos, pp. 117-135.

Val Recio, Jesús del (1992): "El yacimiento calcolítico precampaniforme de Las Pozas en Casaseca de las Chanas (Zamora)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII, pp. 47-62.

Vega Maeso, Cristina (2017): *La cerámica inciso-impresa en el tránsito del III al II milenio cal B.C. en la región cantábrica*. Santander: Nadir editores.

Vega Maeso, Cristina; Carmona Ballesterro, Eduardo; Sierra Sainz-Aja, Alejandro y Marín-Arroyo, Ana B. (2016): "El Abrigo de la Castañera (Cantabria, Spain): A Chalcolithic cattle stable?". *Quaternary International*, 414, pp. 226-235.

Vicent García, Juan M. (1990): "El Neolític: transformacions socials i econòmiques". En J. Anfruns y E. Llobet (eds.), *El canvi cultural a la Prehistòria*. Barcelona: Columna Edicions S.A., pp. 241-293.

- Vicent García, Juan M. (1995): "Early social complexity in Iberia: some theoretical remarks". En K. T. Lillios (ed.), *The origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*. Archaeological Series, 8. Michigan: Ann Arbor, pp. 177-183.
- Vicent García, Juan M. (1998): "La prehistoria del modo tributario de producción". *Hispania*, LVIII(200), pp. 823-839. <https://doi.org/10.3989/hispania.1998.v58.i200.629>
- Villalobos García, Rodrigo (2016): *Análisis de las transformaciones sociales en la prehistoria reciente de la meseta norte española: (milenios VI-III cal. a.C.)*. Studia Archaeologica, 101. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Villanueva Martín, Luis; Carmona Ballester, Eduardo; Arnaiz Alonso, Miguel A.; Delgado Arceo, María E. (2014): "La articulación del espacio en el "campo de hoyos" de Manantial de Peñuelas (Celada del Camino, Burgos)". En M. A. Brezmes Escribano; A. Tejeiro Pizarro y O. Rodríguez Monterrubio (coords.), *Arqueología en el Valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad tardía: nuevas perspectivas*. Valladolid: Glyphos, pp. 109-127.
- Walker, William H. (2002): "Stratigraphy and Practical Reason". *American Anthropologist*, 104: pp. 159-177. <https://doi.org/10.1525/aa.2002.104.1.159>
- Wolf, Eric R. (1971): *Los campesinos*. Barcelona: Editorial Labor S.A.

### INFORMES TÉCNICO-CIENTÍFICOS

- Villanueva Martín, Luis y Delgado Arceo, María E. (2024): *Excavación arqueológica en el yacimiento de San Martín (Castildelgado, Burgos). Trabajos arqueológicos dentro del proyecto de construcción de la autovía A-12, Camino de Santiago, tramo: Santo Domingo de la Calzada-Villamayor del Río*. Memoria final (inédita), depositada en la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León.